

Concierto de amor a dos voces.

Guiomar Cuesta Escobar y Alfredo Ocampo Zamorano

Bogotá: Apidama, abril de 2005.

Reseña a cargo de: **Gabriela Castellanos Llanos**

Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad

Universidad del Valle



El título de este poemario nos ubica ya en la música, y en esos términos lo presenta el prólogo de Isaías Peña Gutiérrez.

Evidentemente, más que una colección de poemas, estamos ante un recital dialogado entre dos poetas. Podríamos también verlo como un epistolario en verso entre dos artífices de la palabra, donde un poema aparece como respuesta al anterior y se erige en motivación para el que sigue, en una cadena que sin embargo no es lineal sino llena de meandros, espirales y retornos.

El libro se sitúa así en una larga tradición de parejas de poetas y filósofos que se amaron, desde Abelardo y Eloísa, hasta Sylvia Plath y Ted Hughes, pasando por Robert Browning y Elizabeth Barrett, así como, en las letras hispanas, Pilar de Valderrama y Antonio Machado. A estas dos últimas parejas se refieren Alfredo y Guiomar en este libro, sobre todo a la última, pues el amor secreto de Machado por Pilar, a quien llamaba Guiomar, produjo varios poemas eróticos célebres y bellísimos.

Pocas cosas en este mundo dan tanto placer como ese tejido de dos voces poéticas enzarzadas en un diálogo amoroso. Recomiendo este libro a todos los lectores y lectoras, porque hoy más que nunca necesitamos, en este mundo convulsionado, placeres como éste. Porque si la poesía sabe celebrar todos los goces, el de la palabra poética puede llegar a hacernos más humanos.

Y si en toda obra poética se produce un tejido sinfónico de temas, si cada cual en su lectura encuentra en ellos distintos énfasis, matices alternos, para mí, en el contrapunteo de voces que conforma este volumen, se fue construyendo un conjunto de temas que me impactaron particularmente. Oigo en este concierto,

sobre todo, una canción de gozo ante el hallazgo de formas nuevas de vivir la feminidad y la masculinidad

En el poema «Cristal», Guiomar habla de sus viajes «buscando otra manera/ de ser humana y libre», aludiendo así al célebre verso de Rosario Castellanos, de *Meditación en el umbral*: «Otro modo de ser humana y libre». El viaje ha llegado a su fruición, pues la poeta encuentra un amor que le permite ser, constituirse en humanidad femenina y libre. Celebrando que Alfredo sepa amar de un modo diferente, que haya vencido la masculinidad arrogante y auto destructiva de tantos amantes varones, Guiomar le dice: «Tú venciste la oscuridad/de tus congéneres/ habitados a hundirse/ en la soledad/con el as en la mano» (p. 18).

En el epígrafe para el poema «Calenda de mayo», la poeta cita a la trovadora Condesa de Día:

*Sabed que gran deseo tengo
De teneros en lugar de marido
Siempre que me prometierais
Hacer lo que yo quisiera*

Como vemos, la mujer aparece aquí como protagonista y sujeto del amor. Recordemos que los versos de la Condesa tuvieron como escenario el llamado «renacimiento del siglo XII», ese período en el cual un movimiento internacionalista en Europa nos regaló poesía, arquitectura y filosofía, en Provenza, en París, en Inglaterra, y en el marco del cual los trovadores y trovadoras (pues mujeres como Marie de France, y la misma Condesa, así como María de Ventadorn, Alameda, Clara de Andaza, entre otras, fueron grandes exponentes) cantaron grandes historia de amor de una manera nueva. Joan Kelly, la historiadora norteamericana, nos contó, en un trascendental artículo,¹ cómo

¹ Joan Kelly, «¿Tuvieron las mujeres renacimiento?» EN: *Historia y género: las mujeres en la historia moderna y contemporánea*. James Amelang y Mary Nash, comps. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim, 1990.

las grandes señoras de la Alta Edad Media jugaron un papel político importante, y contribuyeron a que, en el llamado «amor cortés», la poesía rindiera tributo a las mujeres como protagonistas del amor a la vez que como amadas, al asumirse ellas como sujetos eróticos.

Siguiendo el ejemplo de la trovadora, Guiomar confiesa: «Era mi deseo/ la obsesión de tenerte/ en lugar de marido» (p. 21). Una y otra vez, se refiere a «la felicidad de gozarte», a la visión de esa «Virilidad que me estremece». La amada y amante expresa su propio deseo, haciendo gala de esa mutualidad mediante la cual el deseo fluye entre él y ella, y nos revela que «contigo me poseo al poseerte».

Esta auto-afirmación erótica no la hace, sin embargo, renunciar al placer de aceptar y acoger el deseo viril, en un movimiento recíproco en el cual ambos son sujeto y objeto:

*Tus manos, Alfredo
Que poseen
El misterio del arco iris
Recorren
Las distintas esferas
De mi cuerpo*

La poeta alude, en otros versos, a una historia de vida en la cual el amor adquiere una dimensión liberadora. Así, Guiomar le habla a Alfredo como a un caballero andante que vence al monstruo carcelero de su dama: «Antes de ti/ un monstruo sin cabeza/ me dejaba tendida/ en medio del bosque/ sin que nada valieran/ mi voz y mi esperanza», («Al pie de tu poema», p. 26). Al hacerlo, está celebrando la «oscuridad vencida» por un amor que libera, un amor entre dos sujetos de la palabra que se cantan mutuamente.

El cuerpo, la carne, que para una Santa Teresa de Jesús no son más que una prisión de «hierros en que el alma está metida», se disuelven en el encuentro amoroso, convirtiéndose en «fuga mística/ dos ríos encontrados». Desaparece así el encierro: «ni rastro de aquella cárcel/ con sus barrotes de hierro» («Al tacto», p.43).

Liberada, la poeta se afirma como sujeto por derecho propio, no dependiente del hombre que la ama, sino capaz de erguirse y sostenerse sobre sus propias piernas. Por ello se reconoce hecha «del barro de esta

tierra/ y no de la costilla del hombre» («Oración del poeta», p. 111). No es de extrañar, entonces, que el amor entre los dos se convierta en un «Cese al fuego», en el cual se aprende a «prescindir por siempre/ del conflicto armado», pues la «conmoción interior» del encuentro convierte a amado y amada en iguales (p. 46).

Alfredo, por su parte, es consciente de haber superado la posesividad del varón tradicional, y se sabe amante de una mujer que posee y es poseída por la alta voz de la poesía:

*Te sé vivir, Guiomar en las alturas
Del Otro-Yo que alumbras
Desatándolo
Ojos abiertos al cosmos
Cuando leo tus poemas... («Sin palabras», p. 30).*

Por eso se sabe también liberado por ese diálogo perenne que se da entre los dos, y por eso sabe que la ama «más allá de ser hombre», trascendiendo cualquier tentación de restringir la libertad de la mujer amada:

*Más allá del hombre
Soy el ser que no te niega
Guiomar sólo resuelvo
Velar en tu libertad la transparencia
(«Más allá del hombre», p. 80).*

Y por eso, estrechamente ligado al tema de la ruptura con las viejas formas de feminidad y de masculinidad, encontramos ese otro *leitmotiv*, ese tema de la libertad de un amor que no ata, sino que emancipa. Así, canta Guiomar a su Alfredo:

*Libre al fin
Libre y desatado de toda deslealtad
Hacia ti mismo*

*Vas con este amor
Y de amor obsesionado
Renovado y en posesión
De tu más alto espíritu
(«Fiesta de los álamos», p. 56)*

La poeta se conoce a sí misma en una emancipación

que le permite habitar de modo nuevo la casa del amor:

*No me retienes
Voy suelta
En esa casa sin puertas
(«Vértigo de luna», p. 81)*

Al mismo tiempo, la embriaguez del amor y del deleite es tan fuerte que produce temor, así como el abismo a la vez atrae y aterriza:

*No me sueltes
Que puedo morir
En un vértigo de luna
(p. 82)*

Un segundo leitmotiv es la paradoja de la unidad y la contraposición entre la poesía y el amor. A menudo, como en «Savia», Guiomar reconoce que el poema conduce a la esencia misma del amado:

*Tus poemas
Por una trocha
De inmensos samanes
Me conducen
a tu savia
(p. 31)*

Alfredo, por su parte, en «El aire se serena» identifica palabra con amor, y ambos como poesía, cuando dice:

*El aire se serena
Del mar la fuego al viento al canto
Cuando llegan tus lluvias a mi océano
Y amada te presiento
Con tus voces poéticas que anhelo
En las raíces hondas
Mientras viajas el plácido camino
Del único lenguaje
Que es amarte²
Guiomar de los misterios
(p. 37)*

Vemos así que el vivir el amor es un lenguaje, y que la palabra y el amor se confunden con la poesía. Al

² El énfasis es mío.

mismo tiempo, se destaca la primacía de lo que algún filósofo ha llamado el «mundo de la vida»: es la vida cotidiana, no el poema, lo que está «escrito sobre la piel». En las tareas domésticas, cotidianas, nos dice la voz de Alfredo, está encerrado el misterio, y por eso, es

*En algún sitio del hogar
No en ninguna parte del poema
Donde puedas descifrar este mensaje.
(«Tacto secreto», p. 57)*

Sin embargo, en muchos otros versos, no parece haber transición sino identidad entre el poema y la vivencia del amor: Por eso Alfredo proclama

*Toda expresión de amor
Es un poema
Que se escribe en el cuerpo
Que se ama
(«Trilogía», p. 60)*

Y en otro momento Guiomar le contesta:

*Alfredo
Tu voz se hace agua
Y me rebosa
En el misterio del poema
(«Alfredo», p. 93)*

De este modo, en «el poema no escrito», los textos se disuelven en los cuerpos, las carnes se funden, y todo se convierte en palabra amorosa. Dice Alfredo:

*Carne que ya no es carne
Explorándose
Caderas que se encuentran
Manos que dibujan
Su entorno
Acercándose
A la piel íntima
Donde los amantes conocen
La esfera de lo eterno
(«El poema no escrito», p. 78)*

Pues, cuando la carne se trasciende a sí misma

para volverse espíritu poético, los poetas logran «crear /su propia epifanía» y nos remiten, dentro de los versos mismos, a «un poema/ aún no escrito» (p. 78)

Podríamos seguir entretejiendo las imágenes reiteradas en estas páginas: el agua, las montañas, el abismo, el vuelo de las aves, la danza y el viento, temas todos que aparecen como melodías que ya reconocemos,

que evocan ecos que se trenzan a todo lo largo y ancho del volumen. Pero que cada lector, cada lectora, escuche y deguste por sí mismo, por sí misma. Los invito a la aventura de dejarse bañar la piel por estas melodías de amor y de inteligencia, de palabras que se vuelven vitales como el cuerpo, como la carne misma hecha poema.

